



Artículo de Juan Somavia
Director General de la Oficina Internacional del Trabajo

“Para demasiada gente, la globalización no funciona”

**(Publicada por «The International Herald Tribune»
(27 de febrero de 2004))**

El debate sobre la globalización está en punto muerto. Las negociaciones comerciales están estancadas. Los puestos de trabajo están desapareciendo. La inestabilidad financiera continúa. Entre tanto, cuestiones políticamente sensibles tales como la migración y la externalización de la producción son una de las principales preocupaciones de la gente, pero ocupan un lugar poco importante en el programa global de solución de problemas. Necesitamos nuevas ideas para salir del punto muerto y colmar la brecha.

La Organización Internacional del Trabajo estableció la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización precisamente para ayudar a alcanzar ese objetivo. Se trata del primer organismo oficial para examinar sistemáticamente la repercusión social de la globalización y elaborar un programa común a fin de que funcione para todos.

La Presidenta Tarja Halonen de Finlandia y el Presidente Benjamin Mkapa de la República Unida de Tanzania presidieron la Comisión Mundial entre cuyos 26 miembros figuraban un premio Nóbel de economía, legisladores, expertos sociales y económicos, y representantes de la industria, los sindicatos, los círculos académicos y la sociedad civil. Conjuntamente, reflejaban todos los puntos de vista en el debate. De voces divergentes surgió una opinión convergente: la globalización puede y debe cambiar.

En el informe de la Comisión Mundial se reconoce el potencial saludable la globalización: promover sociedades y economías abiertas y un intercambio más libre de mercancías, conocimientos e ideas. Ahora bien, la Comisión Mundial también encontró desequilibrios profundamente arraigados y persistentes en el funcionamiento actual de la economía globalizada que son «éticamente inaceptables y políticamente insostenibles».

Estos desequilibrios se reflejan en la economía globalizada actual. Desde 1990, el crecimiento global del producto interno bruto ha sido más lento que en decenios anteriores. La disparidad entre los ingresos de la gente en los países más ricos y más pobres nunca ha sido tan amplia, habiendo pasado de una relación de 50:1 en el decenio de 1960 a más de 120:1 hoy en día.

Globalmente, el desempleo está en un nivel más alto que nunca. Más de mil millones de personas están ya sea desempleadas o subempleadas o bien son trabajadores pobres.

Además, la ayuda extranjera está disminuyendo en conjunto y es muy inferior al todavía objetivo del 0,7 por ciento del PIB, lo que supone un déficit de 2,5 billones de dólares de los Estados Unidos durante los 30 últimos años.

Evidentemente, las ventajas de la globalización están fuera del alcance de demasiadas personas. Los riesgos globales que esto plantea son evidentes. Debemos tener en cuenta la necesidad de seguridad, ya entendamos por eso las preocupaciones de los pobres, la inquietud de los trabajadores de ingresos medios o la incertidumbre de la industria. Si bien es difícil conseguir que la globalización sea justa e incluyente, esto es factible y debe convertirse en una prioridad mundial urgente. Esto es algo que interesa tanto a las poblaciones como a las naciones.

No hay soluciones simples para estos problemas, pero la Comisión Mundial ha propuesto un ponderado programa de acción en un amplio frente.

En primer lugar, empecemos en nuestra propia casa. Se ha hecho todo lo posible para facilitar los intercambios financieros, comerciales y de inversiones a nivel mundial, pero muy poco para reforzar las comunidades y los mercados locales. Los propios Estados y sociedades tienen un importante papel que desempeñar para que la globalización sea equitativa. Los países bien gobernados con fuertes voces representativas de las organizaciones de trabajadores, empleadores y ciudadanos es más probable que extiendan las ventajas y eviten muchos de los riesgos de la globalización. Deberíamos afianzar nuestra capacidad de invertir y crear empleos, de educar a nuestros hijos, de organizar la asistencia sanitaria y de proporcionar ayuda a las familias y los trabajadores desplazados.

En segundo lugar, hagamos que sea justa. Las estructuras desniveladas de la inversión y el comercio son las fuentes principales de la turbulencia política actual. En el mundo en desarrollo, la mayor parte de las inversiones extranjeras directas se concentran en tan sólo doce países. En el mundo desarrollado, muchas personas consideran las inversiones en el extranjero como la exportación de puestos de trabajo. En todo el mundo, los trabajadores opinan que los derechos del capital están mejor protegidos que los derechos de los trabajadores. Se necesitan reglas equitativas para el comercio, los flujos de capital y los precios de los productos básicos, y un mayor acceso a los mercados, para proporcionar más autonomía normativa a los países en desarrollo. También se precisa un nivel básico de protección social y el respeto de las normas fundamentales del trabajo.

En tercer lugar, hagamos del trabajo decente un objetivo global. El trabajo ocupa un lugar central en la vida de las personas y constituye su principal vara de medición de la globalización. Es fuente de dignidad, estabilidad, paz y credibilidad de los gobiernos. Dado que la creación de empleo va de la mano del desarrollo empresarial, ésta sostiene la iniciativa y la inversión privadas. Además, es esencial para reducir las tensiones subyacentes a tantas amenazas a la seguridad, así como los problemas sociales, tales como la migración, el desempleo en masa de los jóvenes, las desigualdades de género y la pobreza.

En cuarto lugar, remodelemos la gobernanza mundial. El sistema multilateral de las organizaciones internacionales no está funcionando adecuadamente. Con demasiada frecuencia, el sistema multilateral está integrado por pequeños fragmentos que responden al azar y, a veces, de manera contradictoria entre sí a cuestiones normativas básicas. En particular, no estamos logrando el equilibrio clave entre las políticas económicas, por una parte, y las políticas sociales y medioambientales, por otra.

Necesitamos mejorar la manera en que las instituciones mundiales se comunican entre sí y adaptan la arquitectura posterior a la segunda guerra mundial a las prioridades del siglo XXI. La Comisión Mundial pide a las instituciones multilaterales que presenten propuestas equilibradas y

coordinadas para lograr una globalización justa e incluyente, y también les insta a buscar nuevas iniciativas para forjar políticas coherentes centradas en un crecimiento, inversiones y creación de empleos sostenibles a nivel mundial.

La globalización es el resultado de elecciones conscientes que se pueden modificar para distribuir sus beneficios más equitativamente. El informe de la Comisión Mundial muestra un camino a seguir que es difícil y ambicioso pero necesario y factible.
